

ÍNDICE

0. Una ciudad blanca, loca ambivalencia	11
1. La huella que te deja la ciudad	18
2. Las biografías siempre comienzan en un lugar	25
3. En las lechugas se encuentra la vida eterna	32
4. Los muertos no quieren hacerle la vida imposible a los vivos	42
5. La esencia del pensamiento es un pez gato a la parrilla	50
6. Los jugadores de baloncesto son los guardianes de la dignidad	56
7. La memoria de los hombres es silenciosa	65
8. El cosmopolitismo es el pasado bañado en almíbar	73
9. Busca la casa más antigua para entrar en calor	81
10. Las cámaras nunca graban la verdadera revolución	87
11. La maldición de protagonizar una obra de teatro incompleta	95
12. La alta política es una realidad a pequeña escala	103
13. Las heridas no se infectan sobre las ruinas de una <i>kafana</i>	112
14. Pisadas sobre la tumba de un niño sefardí	121
15. La imagen de unos barrotes sin prisioneros	133
16. El ritmo del jazz incomoda a cualquier régimen	141
17. El vértigo de gravitar sobre uno mismo es maravilloso	148
18. El escepticismo acabó con la belleza del hormigón	157
19. La policía no soporta el esbozo de la sonrisa punk	166

20. El compromiso patriótico de conseguir pan fresco	175
21. Las víctimas de la posmodernidad responden con cinismo a un bombardeo	182
22. En Zemun hasta las larvas saben tirar a canasta	187
23. Las declaraciones de amor se expresan con grafitis	195
24. Las abejas se mudan a donde están mejor	202
25. Las desigualdades en la capital se resuelven con poesía	208
26. El infinito no tiene vuelta atrás	215
27. Las naciones se exilian en sus despensas	223
28. Ser un okupa en tu propia casa	230
+1. Sobre cuando el hormigón me hizo sentir vulnerable	235

O Una ciudad blanca, loca ambivalencia

Cristales, ladrillo, hormigón, aluminio, acero y asfalto. Una geometría de materiales rígidos frente a la volatilidad de la naturaleza y del comportamiento humano. El cálculo estricto de las matemáticas se encuentra con la variable imprevista, predicción frente a agitación y, luego, en ambas dimensiones, hay una dialéctica tan antigua como la clorofila. La cubierta de un libro, páginas numeradas en negro sobre blanco y una relación de personajes y escenarios inesperados que transitan hacia la incertidumbre. Una urbe maciza, a veces también de espuma y polvo, donde se acumulan las historias: una función, un teatro de cemento y los hierbajos verdes que cuartejan la platea.

Siento una extraña fascinación por la firmeza de las estructuras frías dentro de las cuales se agita una entropía de moléculas orgánicas: un cuenco de barro contiene una crema de verduras, un puente de piedra sirve de refugio a una telaraña o sobre la pared de una casa asciende una planta trepadora. En esas interacciones siempre hay un conflicto, dos realidades enfrentadas, como el cemento y la selva, una ley incapaz de prescribir el desorden. Una se nos presenta como inmutable, la otra se descompone, ambas tienden a la desintegración: es brutal, una expresión válida para la manifestación radical de lo bueno y de lo malo. Los márgenes firmes de un encofrado y el líquido del mortero, la lava gris, sustrato mineral en rápida solidificación y más lenta descomposición.

«Belgrado no está en Belgrado, porque Belgrado, de hecho, no es una ciudad, es una metáfora, una forma de vida, un ángulo con el que mirar las cosas», decía el escritor y pintor Momo Kapor. La ciudad invita a ello, a situarla en un plano superlativo y metafísico: la idea que sugiere un Belgrado de ideas e impresiones abstractas escapa a la materialidad y al asfalto. Escribir sobre ella es intentar dotar de calificativos a un sentimiento tan etéreo como el humo, cuyas formas parecen adaptarse a los pensamientos sin que la ciudad deje de ser ella misma; te conduce a la constante resignificación de su geografía urbana, que es tan aparentemente voluble como rocosa, quedas atrapado en su forma de concebirse. Pero, sin embargo, esa materialidad existe, la habito y me limita, la observó y la toco con mis dedos.

A veces es solo un espacio ocupado, una incógnita en una ecuación de calles solitarias y hogares callados, avenidas majestuosas y deshabitadas, rincones que aparecen y desaparecen. La capacidad de transformación de Belgrado es contradictoriamente inmutable, y, sin embargo, su existencia parece dirimirse entre oposiciones, en una batalla inacabable entre contenido y continente. Puede que me equivoque y Belgrado sea un molde gelatinoso: que se adapte a tu propio lugar en ella, como un buen compañero de viaje. La ciudad es una especie de plástico elastómero cuya maleabilidad le permite recuperar su forma original frente a cualquier sacudida, perdura en el tiempo. Nunca me he sentido más comprendido que paseando de noche por sus aceras, incluso cuando fui un absoluto desconocido.

Cuando me propuse escribir este libro, un amigo me recomendó que identificara un lugar determinado y que explicara Belgrado a través del paso del tiempo por ese mismo lugar, tal como lo había hecho el nobel Ivo Andrić con su monumental

Un puente sobre el río Drina. Se me ocurrían varias localizaciones, pero todas me parecían insuficientes para captar algo que el urbanismo no lograba explicar por sí mismo: la fortaleza de Kalemegdan o la plaza Studenski (de los Estudiantes), tal vez el parque de Tašmajdan o la plaza Republike (de la República), paisajes reconocibles de una ciudad cuyo símbolo no es un edificio, sino una estatua distinguible por su trasero respingón: *Pobednik* (El victorioso). Belgrado carece de ese símbolo que reconozca su naturaleza ancestral, cualquier imagen resulta insuficiente para captar cómo respira una ciudad milenaria y demasiado fragmentada como para componer un relato uniforme y cronológico de un solo lugar. El callejero de Belgrado cambia de nombres cada cuatro décadas. La ciudad, definitivamente, es huidiza.

La arquitectura, la gastronomía, la forma de relacionarse de su población implica que, estando en Belgrado, te parezca que ya hubieras vivido en ella, como si estuviera conformada por otras muchas ciudades. Belgrado es una reinención europea de cualquier otra metrópoli visitada. La mayoría de los trabajos sobre ella destacan su ubicación entre el Este y el Oeste, y la ciudad no aspira a ser ni Viena ni Estambul, sino que cayó entre ambos mundos para levantar una fricción de civilizaciones, culturas e ideologías. No encontrarán nada intrépido en ella, pero sí un caudal inagotable de escritores que necesitan de la fantasía para aportar algo de sentido a la propia historia, que parece escaparse entre los dedos cada vez que abro las páginas de un libro.

Belgrado no ha sido una ciudad de grandes celebridades, nunca disfrutó del gran foco mediático, excepto el día en que se celebró el funeral del mariscal Tito, o aquellos fatídicos meses en los que salía en los noticieros de la CNN por los bombardeos de la OTAN a Yugoslavia. Tampoco hoy es un destino

turístico al nivel de las grandes capitales europeas y presumo que muchos no sabrían situarla en el mapa. Tampoco es un centro de negocios que reclame la atención de los grandes inversores, ni goza de una reputación atractiva que genere el tipo de afectos y simpatías transoceánicas de los que aún no la han visitado. Ni siquiera es un lugar exótico en el que aventurarse, ni un lugar de moda que atraiga por los nuevos cánones de mercado, aunque cada cierto tiempo en alguna revista *moderna* la califiquen como el «nuevo Berlín». No obstante, mi sintonía con la ciudad siempre ha estado ahí, resonando como un hilo musical desde el primer día en que puse los pies en su estación de autobuses.

La molicie de sus terrazas y de sus parques, el letargo con el que muchas de sus almas afrontan el presente, y el cauce grisáceo del Danubio detienen el tiempo, mientras las hojas cabriolean con espasmos sobre las aceras en las primeras semanas de otoño. Belgrado tiene sus propias velocidades, un eterno paseo de un intelectual desde el barrio de Zvezdara a Vračar, con esa atmosfera de barrio con los padres llevando a sus hijos al colegio, el sonido de sus tupidas hileras de tilos, arces y fresnos al mecerse por los vientos del *košava* y la sensación de que su condición de metrópoli contradice su cadencia aldeana. Su vitalismo se reanima solo con la luz de un escaparate en una noche cerrada o con el bisbeo de unas llantas deslizándose sobre la calzada del bulevar Džordža Vašingtona. Toda esta latencia convive con las fachadas de sus edificios, donde cualquier sombra en una ventana provoca suspense.

Belgrado es principalmente gris, aunque el significado en serbio de la palabra *Beograd* sea «ciudad blanca», y solo paseando por la noche se descubre ante el visitante con claridad. Descifrar estas ambigüedades resulta posible a través de su geometría: los planos en un estudio, el trazado de sus calles, la aspereza

de sus paredes descascarilladas y el diseño moderno grabado en las manecillas de los portales de sus edificios, pero sobre todo a partir de las ideas que transmite y cómo se comunica con sus habitantes, el lenguaje encriptado de la ciudad a través de su trayectoria histórica, arquitectónica y social, donde la vida con sus extremos nos ofrece múltiples perspectivas. El objetivo es comprenderla cuando un día fue Belgrad, Bello Grado, Alba Urbs, Alba Graeca, Griechisch Weissenburg, Nandor Fehervar, Nandor Alba, Castelbianco, Singidunum... porque historia y presente se acompañan como una buena pareja de baile.

Si tuviera que resumirla, diría que Belgrado es más atractiva por lo que no se hace evidente: no conozco ninguna ciudad con mejor calidad de vida y que sepa disimular tanta precariedad, es bulliciosa si lo deseas y desangelada si lo deseas también, tiene tanto gris industrial y contaminación como verde silvestre; tiene dos de los ríos más espectaculares de Europa, pero lo que más destaca de su urbanismo es el cemento. Se caracteriza por kilómetros de paseos en llano y su casco antiguo son barrios en pendiente; la decadencia de sus edificios y la inercia hacia el debate historicista no implica que esté anquilosada en el pasado; puedes encontrarle tanta rudeza como delicadeza: los *hooligans* y los artistas se encuentran en una exposición de arte. Es la ciudad más balcánica y para muchos la menos serbia de Serbia, y es una capital europea tan tolerante como de súbito intransigente, y así, con todos sus defectos, consigue hechizarte hasta quedarte a vivir sin dejar de criticarla todos los días. Nada es más magnético y a la vez más inquietante que su indeterminación y loca ambivalencia.

La premisa se manifiesta en un urbanismo que es también psicológico, sobre los desajustes arquitectónicos en los que anda imbuida, en perpetuo reacoplamiento y autoexamen, como también es el carácter local por excelencia, en el que a los